

# Cuando la terrible ausencia me comía medio lado

*Trabajo costaba reconocer en el circunspecto y educadísimo recién llegado, imagen acabada de tristeza sin remedio, al Samuel Ros de la fama, contertulio y discípulo del gran Ramón Gómez de la Serna. El Samuel Ros del humorismo y las greguerías, militante en la vanguardia artística, traía un ala rota: la de su amante Leonor, una rubia de irradiante alegría, de cuya muerte Samuel se sintió siempre culpable.*

JUAN RAMON MASOLIVER

Se lo traje Eugenio Montes al Rapa- llo de mis años mozos. Menudo, con aquella morena cara nocturna de nariz combada, entre unos grandes y rasgados ojos más que negros bajo unas tupidas y rizadas pestañas de azabache y aquel mechón ondulado que en vano se sacudía de la frente; el aire compungido y la corbata negra que siempre más llevaría, las bien formadas y chicas manos, diminutos los pies: imagen acabada de una tristeza sin remedio, trabajo costaba reconocer en el circunspecto y educadísimo recién llegado al Samuel Ros de la fama, el contertulio y discípulo dilecto del gran RAMÓN, Gómez de la Serna, claro está, el bohemio de tronfo que de la noche madrileña hizo día, y al cabo de la jornada —nochada— de vino y conversa sin fin carreteaba a los inseparables —Xavier, Dionisio, Emilio— en su gran *limousine*. En una palabra, el Samuel Ros del humorismo y las greguerías, militante en la vanguardia artística.

## La muerte de Leonor

Sí, el mismísimo; pero que traía un ala rota: la de su amante Leonor, una rubia de irradiante alegría, creo que del género alegre, su compañera en la bohemia y en la ardiente vanguardia, política también, y de cuya muerte —en castigo de no sé qué contagio— Samuel se sintió siempre culpable. Y por la que para siempre le quedó aquel talante mustio, si con algún ramalazo de hiriente humor negro, aquel continuo almanacar en torno a la muerte, el progresivo acentuarse los rasgos y el talante de su lejano origen semita. Cariñoso y probado amigo, un dechado de buenas maneras, si con el imperio de quien —huérfano desde la adolescencia, y en desahogada posición— está acostumbrado a gobernarse por sí sólo, no había modo de consolarle, distraerle. Afable, pero inmovible estatua de



Samuel Ros.  
*Una incurable tristeza de humorista le llamaba Samuel*

sal donde quiera que le llevases: en las interminables bordadas de mi minúsculo balaandro, en los juegos con mozas y mozos de nuestro corro, en las paseatas y la charla infinita con el incitador Ezra Pound. Apasionado por la caza, jamás conseguimos sumarle a las partidas, más patafísicas que cinegéticas, con mi cohermano Eugen Haas, el disparatado compositor Münch y el pintor Rolando Monti. Abrirse, lo que se llama desabrocharse, lo hacía sólo en las veladas de sus anfitriones, Nati y Eugenio Montes, y me pesa reconocer que acababa por mustiarnos a todos. Un endrino. Sobre que no conseguía llevar adelante —a puro contramarchas, arrepentimientos y papeles llenas— *Los vivos y los muertos*, la novela de su nueva manera, y dialogada, de la que prácticamente sólo dio por buena la dedicatoria: "¡Leonor!... Tengo tantas cosas que contarte...". Pero no acabó de contarlas.

## De la guerra a la posguerra

Guerra por medio, perseguido en Madrid, por falangista y rico, refugiado casi un año en la embajada chilena, con larga estadía después en Chile, donde escribió de firme y completó, y editó con éxito, *Los vivos y los muertos*, en verano del 38 llegó a San Sebastián con su compañero de exilio Gabriel García Espina, sobrino de doña Concha y miembro, por tanto, del apiñado clan de los de la Serna y Sáinz de la Maza. Samuelito, sin tales apoyos venía con más aire de pájaro triste que nunca, encanecido el pendulante mechón, más afilada la nariz y acu-

sado en el gordezuelo hociquito el mohín de niño consentido. Desvalido, en este caso, y por no variar. Porque jamás le saldría nada a gusto: la dirección de la revista *Vértice*, la crítica que recibieran sus novelas y cuentos, la pasión que le llevó a escribir teatro. Ni en San Sebastián, ni en Burgos, como tampoco en el Madrid de posguerra, con su diaria y apreciada sección de *Arriba*, y pese a haber ganado el Nacional de Literatura con sus cuentos. Siempre dolorido, mas sin abandonarse a protestas ni dar en pedigüño.

Leonor, Leonor... Sí, con el fantasma de la muerte siempre a cuestas o, como en el título de un libro suyo, *El hombre de los medios abrazos*. Había enflaquecido de modo alarmante, fumaba sin tasa, en cosa alguna hallaba acomodo, convertido en sombra ambulante sin más rasgo vivo que la honda mirada triste y bondadosa sonrisa. Por entonces, en eso de la pasión teatral, cayó prendado de una joven y vivaracha primera actriz, menuda también, M.P.M., cuyo nombre dejó en iniciales (estaba casada con otro conocido actor). El matrimonio teatralte partió en gira americana, y nuestro afligido Samuelito, tan necesitado siempre de consuelo, lo halló en una inteligente y guapísima universitaria, encantadora hermana de un íntimo amigo de todos nosotros. Y fue nuestro amigo quien, un día aciago, hubo de acudir a su maestro el doctor Marañón y ver qué se hacía con la hermana, dormida merced a un tubo de somníferos. El día mismo en que llegó aviso del desembarco de la pareja teatralte en La Coruña. Y cuando a nuestra desgraciada amiga habían llovido pruebas del contubernio, y del clandestino fruto del mismo: un varoncito que —contrariamente a lo de aquella novela de Bontempelli *Il figlio di due madri*— quedó registrado, gracias a las argucias jurídicas del ínclito Román Escocotado, amigo y comediógrafo también, como el hijo de Samuel Ros y de N., es decir sin madre alguna.

Mas ya para entonces a nuestro Samuel, muy gongorinamente la angustia, la ausencia, y cuanto más pongan, se le había comido lado y medio. De una aparente apendicitis sencilla no le salvó ni la ciencia de su sabio cuñado, el doctor Blanco-Soler. Y se nos fue la mañana de Reyes, niño Samuel, de 1945. A poco de cumplir sus muy asenderados cuarenta años.

JUAN RAMON MASOLIVER  
Escritor y crítico